

UNA FAMILIA FELICÍSIMA

MARINA MAYORAL

UNA FAMILIA  
FELICÍSIMA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Imagen de cubierta: istockphoto

Primera edición: julio de 2025

© Marina Mayoral, 2025  
© de la presente edición: Edhasa, 2025  
Diputació, 262, 2<sup>a</sup> 1<sup>a</sup>  
08007 Barcelonal  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

ISBN: ISBN: 978-84-350-1111-2

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Dep.Leg.: B 10271-2025

Impreso en España

«Costó dolor, muerte costó, la vida.  
Y al tiempo, breve o largo, siempre corto,  
como el relámpago del amor, se le mira  
ya sin recelo ni amargura  
como a las heridas de la mano, en el arduo  
aprender de su oficio,  
contempla el aprendiz.  
Bella es toda partida»,

*Del tiempo largo, Fina García Marruz*

«¿Y ha de morir contigo el mundo mago  
donde guarda el recuerdo los hábitos más pu-  
ros de la vida, la blanca sombra de amor pri-  
mero?

¿Los yunques y crisoles de tu alma tra-  
bajan para el polvo y para el viento?»,

*Soledades*, Antonio Machado

I.  
HISTORIAS PARALELAS

## VOCES EN LA NOCHE

Una voz de mujer susurra en la oscuridad.

—¡Chema!

La mujer está tumbada en una cama de matrimonio. A su lado duerme un hombre. La habitación está a oscuras. Sobre una de las mesitas de noche hay un reloj de esfera luminosa y un teléfono. El reloj marca las tres de la madrugada. El hombre duerme con un ronquido ligero. La mujer se incorpora, se vuelve hacia el hombre y lo llama más fuerte, al tiempo que lo sacude.

—¡Chema, Chema!

El hombre se sienta en la cama, sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—¡Escucha! ¿Lo oyes? ¿Lo oyes, Chema?

El hombre se pasa las manos por la cabeza, enciende la luz y mira alrededor.

—¿Quién ha llamado? ¿Qué pasa?

—¡Es el niño! Está llorando. ¿Lo oyes?

El hombre se deja caer de golpe sobre la almohada.

—¡Oh, Dios!

La mujer lo mira suplicante, cruza las manos sobre el pecho.

—¿Lo has oído? Estaba llorando. Seguro que sueña. Ahora ya no llora. Era él. Lo has oído, ¿verdad?

El hombre vuelve a incorporarse, se sienta en la cama.

–Son las tres de la madrugada, Lorena, y yo mañana trabajo. ¿Me estás escuchando, Lorena?

–Llora muy pocas veces, sólo de noche. Quería que lo oyese. Lo has hecho, ¿verdad?

–En Madrid, lloran decenas de niños por las noches. Y ladran perros, se oyen sirenas de bomberos y de ambulancias. ¡Todas las noches! ¡Todas las puñeteras noches!

–Si lo has oído, dímelo. Por favor, Chema.

–Estás loca, Lorena, y me vas a volver loco a mí. ¿Qué quieres que te diga para que me dejes dormir tranquilo?

–Nada, nada... Perdona. Apaga la luz.



## El círculo se cierra

Dos mujeres están en el ático de una casa frente al mar, en una terraza de grandes dimensiones. Un sol mañanero de comienzos de otoño brilla en la cresta de las olas y en la barandilla metálica de la terraza. En una mesita auxiliar hay dos tazas de café vacías.

—¿Quieres que siga leyendo o prefieres oír el mar?

—Eso ya lo hago todo el día. Prefiero que leas.

—¿Seguro, Alma? Me ha parecido que te aburría. Si quieres, puedo buscar una policiaca. He cogido ésta porque siempre nos han gustado las novelas de Aurelia Díaz.

—No, no. Así ya va bien, Irene.

Alma está echada en una tumbona y reposa la cabeza en un cojín. Lleva puesto un sombrero de tela de ala ancha que le cubre la frente. Irene, sentada en un sillón de mimbre, mantiene un libro abierto sobre las piernas.

—No me aburría, me parece un comienzo interesante. Lo que pasa es que de pronto he tenido la sensación de volver a la infancia. El mar al fondo, tú leyendo a contraluz, yo tumbada escuchándote... ¿Lo recuerdas?

—¡Cómo no! Te estuve leyendo cuentos durante años.

—Claro... ¿Cómo ibas a olvidarlo? A ti no te han rebanado el cerebro. Y ahora la historia se repite. El círculo se cierra.

—¡Rebanarte el cerebro! ¡Vaya forma de hablar!

—Es una forma muy exacta. Cuando te quitan un trozo de tu cuerpo, lo hacen rebanadas y las van pasando por el microscopio para ver si hay células malignas o sólo plácidos adipocitos. Y eso es lo que han hecho con mi trozo de cerebro. ¡Ay, Alma! Me parece que hoy no tienes ganas de leer. ¿Quieres pasear un rato? ¿Te traigo algo para beber?

—No. Quiero saber qué les pasa a esos dos que están en la cama. Anda, sigue leyendo. Por cierto, ¿cuál es el título?

—*Voces en la noche*. ¿Estás cómoda? ¿Te traigo otro cojín?

—Tranquila, estoy cómoda. Vamos, lee.

## Un rato de soledad

—«Llora muy pocas veces, papá, no es un niño llorón. La que llora es su madre, y él le dice: “No llores, *mamuca*”».

Alma agita una mano para llamar la atención de Irene.

—Espera, que no me estoy enterando. O sea, que un matrimonio está en la cama, ella despierta al marido porque llora un niño, y él se cabrea. Y de pronto ella se pone a hablar con su padre. ¿Qué hace en el dormitorio de la pareja?

—Es el segundo capítulo, Alma. Parece un diario en el que ella habla con su padre. Empieza con una fecha y tiene una grafía distinta.

—Mi queridísima hermana, la grafía sólo la ves tú. Y de la fecha, primera noticia... No te haces cargo de que me han quitado un trozo de cerebro. Y que no es igual leer que oír. Cuando empiece un capítulo, avísame.

—El trozo de cerebro que te han quitado te sobraba, o más bien, te impedía utilizar el resto, así que no digas tontearías. ¿Quieres que siga o no te gusta?

Me gusta. Creo que va de aparecidos. Seguramente, ese niño fue asesinado y por eso la mujer oye voces. Y el marido, que está harto de ella, eso se le nota, lo que quiere es dormir y que deje de darle la barrila.

Irene cierra el libro y sonrío.

—A mí me gusta oír tus comentarios. Son siempre muy originales. A los tres años ya decías que era la mamá quien iba a despertar a la bella durmiente. Te adelantaste a Disney.

—Es que siempre nos faltó una mamá. Mejor dicho, te faltó a ti, por mi culpa. Tengo tanto que agradecerte, Irene.

—¡Venga, no empieces con eso! ¿Sigo leyendo o no?

—Mejor lo dejamos. ¿No tenías que ir a la compra?

Irene mira su reloj y después a su hermana.

—Tengo tiempo. ¿De veras no quieres que siga? No estoy cansada.

—Vete tranquilamente. Un rato de soledad no me hará daño.

—Le diré a Dora que esté pendiente, por si necesitas algo.

—¡No! No le digas nada o no me la quitaré de encima. Que limpie, que es lo que tiene que hacer. Vete tranquila.

—Tengo la impresión de que me estás echando de tu lado.

—¡Irene, por Dios!

—Vale, vale, ya me voy. El undécimo, no molestar.

Se va, pero vuelve enseguida con un aparato pequeño que deja en la mesa al alcance de Alma.

—Aquí tienes la alarma. Si necesitas algo, llama.

Besa a su hermana y se va. Alma mira el aparato durante unos minutos, pensativa. Alarga una mano e intenta cogerlo. No puede cerrar los dedos para abarcarlo y desiste con un gesto de fastidio. Lo coge con la otra mano y aprieta el botón rojo de la alarma. Un sonido estridente, semejante a la sirena de la policía, surge del aparato. La asistenta, con cara de susto, sale a la terraza.

—No me pasa nada, Dora. Es que me molestan los ruidos de la casa. Vaya limpiando la cocina, los baños y los dormitorio-

rios. Deje el salón para el final. Y, por favor, cierre la puerta de la terraza. Ya ve que, si necesito algo, puede oírme.

La asistenta mira con curiosidad el aparato y asiente moviendo la cabeza.

—¡Tan pequeño y cómo suena el silbato ese!

## No lo creí, pero fingí que lo creía

Cuando se queda sola, Alma se incorpora, saca de un bolsillo una grabadora de pequeño tamaño. La sostiene con torpeza en una mano y con la otra manipula los botones. Se oye su propia voz, que escucha con gesto de fastidio.

«No quiero que me coman los gusanos, quiero que me incineren. Pero antes comprueba que estoy bien muerta, Irene, no me vayáis a meter en el crematorio antes de tiempo. No sé qué es peor, enterrada viva o abrasada».

Baja el volumen, pone el aparato cerca de su boca, carraspea y empieza a hablar con pequeñas pausas y en el mismo tono que si estuviese hablando con un interlocutor presente:

«Nunca me lo creí, Irene... Me dijiste que no podías casarte con Xan porque querías un hombre que estuviera siempre a tu lado, y no navegando la mayor parte del tiempo. Todo el tiempo insistías en que querías una familia estable con un hombre como papá, que estuviera en casa. Pero el caso es que papá siempre se pasaba el tiempo en el despacho o ensimismado en sus recuerdos, así que era como si no estuviese.

»También solías decir que no querías vivir sufriendo por alguien a quien el mar podía llevarse en cualquier momento, que eso sería peor que casarse con un torero o con un corredor de Fórmula 1. Eso tenía más sentido. Yo sufrí mucho

por eso, pero tú, por el contrario, siempre decías que a Xan no le pasaría nada, que conocía muy bien el mar y era el mejor patrón del mundo.

»Así que no creí que no quisieras casarte, pero fingí que lo creía. Fui muy egoísta, Irene. No pensé en tu felicidad, sólo en la mía. Así que cuando vi cómo Xan te besaba y abrazaba, mi corazón dejó de latir. Sentí que las piernas ya no me sostenían y caí al suelo. No pude evitarlo.

»He estado enamorada de él desde que tuve uso de razón, o quizás antes. Pero, hasta aquel momento, no me di cuenta de que aquel hombre, que era el más guapo, el más fuerte, el más valiente, el más cariñoso, el que lo sabía todo sobre mares lejanos..., aquel hombre te quería a ti, te abrazaba a ti como si quisiera fundirte con su cuerpo. Y cuando abrí los ojos y vi tu rostro y el suyo juntos, mirándome, lamenté que mi corazón siguiese latiendo; sólo deseaba que se detuviera.

»Quería morir, y creo que así habría sido si tú no lo hubieras evitado...».

Alma vuelve la cabeza hacia la puerta de la terraza y ve a la asistenta pegada al cristal. Apaga la grabadora y le hace señas de que entre.

—¿Qué pasa, Dora? ¿Necesita algo?

—¡Oh, no, señora! Me pareció que hablaba y me acerqué a ver si quería algo.

—Voy a escribir un libro y, como no manejo bien la mano, lo grabo y después mi hermana lo pasa al ordenador.

—¿Un libro? ¿Sobre barcos?

—No... —vacila un momento—. Sobre hierbas medicinales.

—¡Ah! Mi madre sabía mucho de eso. Me dejó algunas recetas. Para dolores de tripa, para la tos y otras cosas. Si quiere, puedo traérselas.

—Gracias, Dora.

—El próximo día se las traigo. Es un cuaderno.

—Gracias. ¿Ha terminado ya en la cocina?

—Oh, no, acabo de empezar.

—¡Pues, hala, vaya, vaya! No pierda el tiempo conmigo.

Irene vendrá enseguida con la compra.

La asistenta se va y Alma guarda la grabadora en el bolsillo de su chaqueta. Se recuesta en la tumbona y se encasqueta el sombrero hasta cubrirse la cara, protegiéndola del sol que ya llega hasta ella. Suspira y murmura con los ojos cerrados:

—¡Qué difícil todo!



## La hora de la siesta

Alma e Irene han terminado de comer en la terraza. Irene está recogiendo y Alma la mira ir y venir desde la terraza al interior.

—Me da rabia que tengas que hacerlo tú todo. Deberíamos comer dentro, así no tendrías que dar tantos paseos. ¿Quieres que volvamos ya a casa? Aquí sólo tienes a Dora para ayudarte.

—Volvemos cuando quieras, Alma, pero no por eso. ¿No te gusta estar aquí, encima del mar? Esta finca es como un barco.

—En Brétema también vemos el mar. Desde lejos, eso sí. Y hace más frío.

—Pues disfruta de lo que tenemos y no digas más bobadas. Venga, levántate. Ponte en la tumbona y echa una siestecita mientras recojo.

—Si duermo la siesta, por la noche será peor. ¿Por qué no me lees un rato?

—Vale. Yo tampoco quiero dormir. Meto los cacharros en el friegaplatos y vuelvo enseguida.

Irene ayuda a su hermana a acomodarse, termina de recoger y vuelve a los pocos minutos con el libro que están leyendo. Se sienta al lado de Alma y lo hojea.

—Habíamos leído el primer capítulo y el comienzo del segundo, que es un diario. ¿Te acuerdas?

—Sí, Irene. No puedo andar, no veo de cerca y no puedo cerrar los dedos de la mano derecha, pero mi cerebro mutilado sigue recordando todo lo que me ha pasado a lo largo de mi vida, incluida tu última lectura.

—¡Vaya, no quería molestarte!

—¡Perdóname, Irene! ¡Por favor, perdóname! No me molestas, más bien estoy enfadada conmigo misma. Discúlpame. Anda, empieza a leer.

## DIARIO DE LORENA, 2 DE ENERO

Llora muy pocas veces, papá, no es un niño llorón. La que llora es su madre, y él dice «no llores, *mamuca*», y le dice lo bien que lo van a pasar los dos juntos en una playa de agua calentita.

Sólo llora por las noches, y de vez en cuando. Yo creo que sueña, porque de día es un niño muy valiente, que no tiene miedo a que le pongan inyecciones ni nada. Por eso desperté a Chema, papá, para que lo oyese. De día, sólo puedo oírlos si pongo la oreja pegada a la pared, o sobre un vaso colocado del revés. Así se puede oír lo que hablan, sobre todo cuando viene esa otra mujer que se llama Carmela.

Se oía tan claramente el llanto, papá, que pensé que Chema se convencería de que ese niño existe... Pero me equivoqué. Estaba muy dormido y se enfadó al despertarlo. Dijo que estoy loca, lo dice con frecuencia. Cree que son fantasías mías, y el médico también, por lo que pasó hace tanto tiempo.

Mamá también dice que estoy loca, pero ella lo dice por Chema. Lo ha dicho siempre. Yo estaba loca cuando me casé con él y ahora estoy loca porque no pido el divorcio. La que está mal es ella. Hasta contrató a un detective para espiar a Chema. Dice que tiene una amante. Está obsesionada. Me dijo: «Ha conseguido disfrutar del dinero de tu padre, pero

no conseguirá quedarse con el mío». Si no me divorcio, lo dejaré todo para obras benéficas, asegura.

A pesar de eso, creo que mamá tiene buen corazón cuando no la ciegan sus ideas. Pero desde que tú faltas se ha hecho mucho más dura. Ni siquiera me atrevo a hablarle del niño.

Y el niño es tan encantador, papá, tan cariñoso. Me da mucha pena, y también su madre. Ella trabaja, y una amiga viene a acompañar al chiquillo, que debe de estar enfermo, o algo le pasa, porque no sale de casa. Quiero ayudarlos, pero lo he hecho todo tan mal en la vida que ahora me veo completamente inútil, sin independencia, y siempre bajo sospecha de que no estoy en mis cabales.

No es una fantasía. Oigo que llora y a veces que se ríe, y cómo habla con su madre cuando están los dos solos. Se quieren, se consuelan mutuamente. Se me parte el corazón, papá. Tengo que ayudarlos.

## Te mimamos demasiado

Irene hace una pausa en la lectura y Alma, que escucha con los ojos cerrados, los abre.

—¿Se ha acabado el capítulo?

Irene vuelve la hoja del libro y afirma con un gesto.

—¿Te cansas?

—No... Bueno, un poco. ¿Te cansas tú de leer?

—Qué va, me gusta hacerlo.

—Me ha hecho pensar en papá. ¿Tú hablabas así con él? Quiero decir, con la confianza con que esa chica habla con su padre. Él está muerto, ¿no? Ella dice «desde que tú faltas». Puede que el padre haya abandonado a su mujer. Pero, en ese caso, la chica también se sentiría abandonada, y no es así. Se nota, por cómo le habla, que se querían mucho y que estaba acostumbrada a hablar con él de todo. ¿Tú hablabas así con papá?

Irene pone un señalador en el libro y lo cierra. Se quita las gafas, que deja reposar sobre su pecho, colgando de una cadenita.

—Es curioso. Cada una nos hemos fijado en cosas distintas. A mí me ha llamado la atención lo que dice de la madre, que se hizo más dura desde que él falta. Papá se hizo más callado, más inaccesible desde que murió mamá. Hablaba poco y sólo de los barcos. Se protegió contra el dolor poniéndose

una coraza que lo separaba de los demás. —Suspira—. Y, desde luego, yo no podía hablar con él como esta chica habla con su padre.

—Mamá se murió por mi culpa.

—¡No, Alma! Te lo he dicho tantas veces... ¿Qué culpa podías tener tú? Te trajeron al mundo, no escogiste venir.

—Fui producto de un descuido y provoqué la muerte de mi madre. Eso no he podido quitármelo nunca de la cabeza, ni siquiera con el trozo de cerebro que me han arrancado. Y papá seguro que tampoco pudo olvidarlo nunca.

—Las cosas no son así, Alma. Papá adoraba a mamá, era lo más importante de su vida, y es posible que se sintiera culpable por no haber tomado más precauciones. Él sabía la gravedad de su lesión. Pero, desde que mamá murió, su única preocupación fue que no te pasase a ti lo mismo. Estás siendo injusta con él. Nunca te vio como la causa de su muerte, puedes estar segura. Fuiste una niña muy querida, por todos. Intentamos hacerte la vida lo más agradable posible. Incluso creo que te mimamos demasiado.

Alma da cabezadas de asentimiento.

—Tienes razón, soy injusta, y muy mimada... Perdóname. Y lee un poco más, por favor.

Irene abre el libro y se pone las gafas. Sigue con el diario de la chica...

## DIARIO DE LORENA, 6 DE ENERO

¿Por qué inspira tanta desconfianza todo lo que hago, papá? Quizás es cierto que Chema tiene una amante, y por eso está buscando pretextos para dejarme, o para encerrarme en un manicomio, que es lo que dice mamá.

Hay gente que no come carne, ni pescado, ni nada que suponga matar a un ser vivo. Pero nadie pretende atiborrarlos de pastillas y declararlos incapaces de gobernar su vida y su dinero por ese motivo. Yo lloraba delante de un filete de ternera o de unas costillas de cordero lechal, y lo hacía en público y sin poder reprimirme. Pensaba en el animalito sacrificado y me ponía a llorar. Pero eso ya pasó y no volverá a pasar. Ahora me controlo, y no es por las pastillas, papá. Estoy tomando menos de la mitad de las que me recetó el psiquiatra al que me obligó a ir Chema. Al comienzo me las daba él, como si fuese una anciana o una persona discapacitada, pero se ha ido relajando y ahora lo único que hace es controlar de vez en cuando el envase. Yo saco las que no tomo y las echo por el baño. No quiero estar todo el día adormilada.

A mi amiga Patricia le parece mal que deje de tomarlas sin control médico. Y también le parece mal que las eche al baño, porque contaminan. Seguro que te acuerdas de ella, papá. Tú la llamabas «la amiga lista». He vuelto a verla después de tantos años. La encontré en Facebook, mejor dicho, apa-

reció. A lo mejor me la has enviado tú, porque venía en la sección «personas que quizá conozcas», y es demasiada casualidad. Le puse un mensaje y hemos vuelto a vernos. Sigue igual que antes. Ella terminó la carrera y ahora es pediatra, pero no le ha ido bien en la vida, aunque ella dice que «como a todo el mundo». Está divorciada y no tiene hijos, y su hermano gemelo, al que ella adora, tampoco tiene hijos, ni siquiera se ha casado. No sé si te acuerdas de él. Era un chico listísimo y muy buena persona. Tuvo un accidente a los veinte años, y desde entonces anda en una silla de ruedas.

Patricia asegura que he mejorado. No me lo podía creer. Dice que antes era una niña mimada, que creía que el mundo era un cuento de hadas y que ahora soy una mujer con problemas, que se preocupa por los demás... Lo ha dicho así, y ella no hace elogios ni dice nada que no sienta. En fin, papá, que me alegro de tener alguien con quien hablar, aparte de ti. Ya te iré contando.



## Empieza a atardecer

Irene se levanta y deja el libro que está leyendo sobre su silla.

–Voy a coger algo para echarte por encima. Empieza a refrescar. Se nota que los días son más cortos.

–Estoy bien. Tráeme el chal azul, si quieres; con eso será suficiente. Y una botella de agua, por favor.

Irene vuelve enseguida con lo que le ha pedido su hermana y con una mesita plegable que coloca a su lado.

–Hoy no has tomado postre. ¿Quieres que prepare un té? Alma bebe a gollete y deja la botella sobre la mesa.

–No, sólo tenía sed. ¿Qué tenemos para cenar?

Irene se queda de pie apoyada en la barandilla de la terraza.

–Merluza.

–¿Cómo vas a hacerla?

–Cocida, con refrito o con vinagreta. ¿Qué prefieres?

–¡Qué pregunta! Con ajo y pimentón, y no escatimes el aceite. Haz una buena ajada. A nuestra edad el colesterol ya no importa.

–Lo haré, pero eso se lo cuentas al cardiólogo cuando lo veas, a ver qué te dice.

–A estas alturas me importa un pimiento.

Irene mueve la cabeza con reprobación.

–Voy a buscar una chaqueta para mí.